

CIUDADANOS Y SISTEMA POLITICO: PARTICIPACION Y CULTURA POLITICA DE MASAS EN ITALIA (*)

Por GIACOMO SANI

SUMARIO

I. LA «POLIS»: ELITES Y «CIVES».—II. LA CULTURA POLITICA DE LA POLIARQUIA: CARACTERISTICAS COMUNES Y RASGOS DIFERENCIALES.—III. LA EVOLUCION DE LA CULTURA POLITICA ITALIANA: 1. *La subcultura catolica: erosión arrastrada*. 2. *La sub-cultura «socialista»: incoherencia y desintegración*. 3. *La fractura politica: lo viejo y lo nuevo*. 4. *La depolarización*. 5. *Imágenes de los partidos y de la política*. 6. *Derecha e izquierda: ¿una dimensión superada?*—IV. CULTURA POLITICA, MERCADO ELECTORAL, SISTEMA DE PARTIDOS.

I. LA «POLIS»: ELITE Y «CIVES»

Los sistemas políticos democráticos prevén que todos los miembros adultos de una sociedad puedan, en principio, cubrir una vasta gama de roles políticos y determinan las reglas de entrada y salida de los mismos. Algunos de estos roles —p. ej., los cubiertos por las elites políticas en diversas áreas (desde el Concejo al Parlamento nacional)— están altamente especializados, directamente implicados en las actividades del sistema político y son fuertemente vinculantes y absorbentes para quienes los ocupan, hasta el punto de acabar siendo con frecuencia una verdadera profesión.

Al lado de estos roles, que podríamos denominar principales, encontramos aquellos cubiertos por los protagonistas de masas de la vida democrática. Estos presuponen una menor especialización, un empleo intermitente, un menor grado de influencia directa sobre las vicisitudes cotidianas de la vida

(*) Traducción de César Aguado Renedo.

política. Podríamos denominarles secundarios, siempre que el adjetivo no se interprete en sentido restrictivo, porque también influyen. En las decisiones periódicas de los ciudadanos normales, los que ocupan el lugar secundario dependen de la suerte de los primeros. En democracia, los actores principales no pueden tener éxito sin el apoyo del coro. Basta preguntárselo a los candidatos a cualquier cargo o, mejor aún, observar los comportamientos al acercarse una contienda electoral.

El tema de las relaciones entre los dos tipos de roles se encuadra, en buena medida, en la relación entre las demandas que la sociedad busca introducir en el sistema político, solicitando decisiones vinculantes para el conjunto de la comunidad, y el apoyo que la ciudadanía está dispuesta a conceder, o negar, a los gobernantes. La relación entre clase política y ciudadanos constituye desde siempre uno de los nudos centrales de la reflexión politológica, que ha subrayado, periódicamente, aspectos diversos del problema. Por un lado, se ha puesto el acento sobre la capacidad de manipulación de las masas por parte de las elites, con la consiguiente inversión de la relación de dependencia entre representantes y representados; por otro, se han subrayado los fuertes vínculos que las inclinaciones de los ciudadanos (y la naturaleza misma de la competencia por el apoyo) constituyen para las elites. Notable relieve se ha concedido, en fin, a la influencia, positiva o perjudicial, ejercida por las fuerzas intermedias, dotadas de notables recursos autónomos, y por ello con posibilidad de influir en la relación entre ciudadanos y gobernantes, modificándola para su propia ventaja.

Identificar las condiciones que permiten configurar la relación como «círculo virtuoso» antes que como «círculo vicioso», es el reto con el cual tradicionalmente se han medido, y continúan midiéndose, los teóricos de la democracia. Aunque existen otros enfoques para estudiar esta relación, en este capítulo nos interrogaremos sobre los *cives*, sobre su actitud y expectativas en las contiendas políticas, esto es, sobre eso que viene comúnmente denominado con el término «cultura política». El análisis partirá de algunas reflexiones sobre modelos de ciudadano postulados por esta o aquella versión de la teoría democrática para confrontarla después con los protagonistas reales, tal como nos los describe la investigación sociológica y politológica de los últimos decenios. La referencia principal, aunque no exclusiva, es a la cultura política de masas en Italia como se ha venido desarrollando en el tiempo de la posguerra y en particular en los últimos lustros.

II. LA CULTURA POLÍTICA DE LA POLIARQUÍA: CARACTERÍSTICAS COMUNES Y RASGOS DIFERENCIALES

En las sociedades democráticas las reglas de juego ofrecen a los ciudadanos, incluso a los «simples ciudadanos», una gama bastante amplia de oportunidades para relacionarse con la vida política en sus diversas manifestaciones. Este repertorio de acciones comprende la posibilidad de formarse opiniones y juicios atendiendo a fuentes de información diversas y, a veces, contradictorias; la posibilidad de asociarse con otros ciudadanos para expresar puntos de vista sobre este o aquel problema y, por tanto, influenciar el orden del día de la discusión en uno o más foros públicos; la posibilidad de participar activamente en la vida de grupos políticos, o de otras asociaciones políticamente relevantes, haciéndose portavoces de intereses particulares, de valores o de enteros sistemas de creencia (ideologías); la posibilidad de estar presentes en el «mercado electoral» no sólo como simples «consumidores», que eligen entre las diversas «ofertas» propuestas por partidos o candidatos, sino también como agentes de movilización y activadores del apoyo para una de las alternativas disponibles en una determinada contienda electoral. Para los críticos de las modernas democracias de masas, aquellos que verían favorablemente un paso de la poliarquía contemporánea a formas de democracia menos representativas y más directamente participativas, con esto no basta. La cuestión puede ser objeto de valoraciones distintas. Está fuera de discusión el hecho de que las poliarquías maduras de este fin de siglo prevén para los ciudadanos un amplio repertorio de acciones, al menos un repertorio bastante más amplio respecto al de otros tiempos.

Las reglas sobre el rol del ciudadano en los sistemas democráticos ofrecen, pues, oportunidades y abren espacios de participación. El *etos* democrático, difuso de manera más o menos eficaz en los mecanismos de socialización política (escuela, medios de comunicación, contextos de comunidad), tiende a animar a los miembros de la sociedad a asumir un papel activo. Pero, por su misma naturaleza, la ética democrática no puede prescribir rígidamente obligaciones imperativas de participación. El papel del ciudadano, distinto del papel del súbdito, es definido bastante más con derechos que con deberes, al menos no con deberes sancionables. La selección del repertorio es, pues, dejada a la iniciativa del individuo, y termina por depender, en última instancia, de la fuerza conjunta de sus inclinaciones, de los recursos de los que dispone y de los estímulos presentes en el contexto. Como estos tres elementos están distribuidos desigualmente en el cuerpo social, resulta una fuerte diferenciación en el uso de la gama de alternativas de acción y de comportamiento en lo que respecta a la vida política. A un repertorio teórico igual para todos

corresponde, de hecho, una utilización bastante diferenciada, tanto sobre el plano cuantitativo como sobre el cualitativo, de los instrumentos de que se dispone.

Medio siglo de investigaciones sobre los comportamientos y sobre las actitudes políticas de masas han documentado ampliamente el fenómeno, con referencia no sólo a las *polis* democráticas de más reciente construcción, o reconstrucción, sino también a aquellas, generalmente más desarrolladas en el plano socioeconómico, que tienen una larga tradición tras de sí y que deberían tener también un *etos* democrático más extendido y más fuertemente radicado. Dentro de todas estas sociedades varían de manera sensible entre grupos toda una serie de indicaciones de la relación entre ciudadanos y política: el grado de interés y compromiso en las cosas de la *polis*; los conocimientos relativos a los principales protagonistas de la vida política, de las instituciones del propio país y de su funcionamiento; la capacidad de definir en términos relativamente correctos las cuestiones que poco a poco aparecen en la escena del debate público; el grado de exposición a los flujos de la comunicación política, bien mediante los canales de comunicación de masas, bien mediante circuitos informales de los grupos primarios; el grado de participación en la vida de las asociaciones políticas (o políticamente relevantes), y la presencia en manifestaciones colectivas; en fin, también varía la intensidad y la cualidad del compromiso en el rito emblemático de la democracia representativa, constituido por las campañas que preceden y culminan en las periódicas citas electorales.

De esto resulta, generalmente, una suerte de especialización de los *cives*, una subdivisión de la ciudadanía en sectores característicos por una relación bastante diversa con la política. Sabemos, por experiencia directa y por las muchas investigaciones al respecto, que hay estratos de ciudadanos informados, comprometidos, atentos también a los matices del discurso político, que siguen con atención el desarrollo de las situaciones, enojándose o alegrándose según las circunstancias, nunca con aburrimiento o indiferencia. Pero estos mismos estudios han demostrado que existen también otros segmentos de la *polis* en los cuales prevalecen, en cambio, un sustancial desinterés e ignorancia por las cosas de la política, una buena dosis de apatía, mezclada con indiferencia o hastío, sobre los protagonistas. El del ciudadano real, frente al modelo del ciudadano ideal, es, pues, un mundo bastante abigarrado a cuya configuración contribuyen diversos ingredientes: el grado de información, la intensidad del compromiso emotivo, la cantidad y cualidad de los actos de participación, el modo mismo con el cual los ciudadanos se relacionan con el mundo de la política viendo en ésta la vía para realizar grandes ideales o, por el contrario, simplemente el medio para la consecución de pequeños

intereses dispersos. Diferenciaciones de este tipo están presentes en todas las poliarquías contemporáneas, con modalidad y relieve cuantitativo parcialmente diversos. Muchas investigaciones comparadas sobre comportamientos de masas han demostrado que, desde el punto de vista de la estratificación política, los ciudadanos de democracias con una amplia historia tras de sí no son, en sí mismos, ciudadanos mucho mejores que los ciudadanos de sistemas poliárquicos más jóvenes.

Desinformación, distanciamiento y sentimientos de hostilidad respecto a la política están extendidos también en las naciones con frecuencia señaladas como modelo, como los países escandinavos, el Reino Unido, los Estados Unidos. De ello debe deducirse que a considerar las poliarquías «democracias imperfectas» contribuyen, un poco en todos los lugares, no sólo las interferencias de los grupos de presión y los vicios de la clase política, sino también las actitudes de la población.

La existencia de una serie de características comunes a todos los sistemas democráticos no debe hacer perder de vista sus caracteres diferenciales, caracteres que los distinguen y dan a cada uno de ellos una impronta específica. La cultura política de un país es una trama variada y compleja de hilos que, tomados en su conjunto, dan sentido a los comportamientos, constituyen claves interpretativas de los acontecimientos, base de las motivaciones de los individuos y de las estrategias y tácticas de los grupos. Son estos elementos específicos los que dan un particular «sabor» o «color» a la vida política de un país; los que diferencian, por ejemplo, la reunión de una sección del PCI en Emilia-Romagna en los años cincuenta de un *caucus* de los militantes del partido democrático en el Estado democrático de Iwoa durante las primeras fases de una campaña presidencial. También son los caracteres más particularizantes los que hacen único un sistema (o un sub-sistema) político que resulta menos comprensible para quien proviene de una cultura política diversa. Y, en cambio, son tan connaturales con la experiencia de quien vive dentro como para aparecer absolutamente «naturales», obvios y dados por descontado.

En buena medida, los elementos distintivos de una cultura política son reconducibles a las características estructurales de la *polis*, a las reglas de juego más o menos fuertemente institucionalizado, esto es, a los ritos que destacan la dinámica del sistema político. Pero a la caracterización de una cultura política contribuyen también las memorias colectivas del pasado transmitidas por los mecanismos de socialización al cuerpo social entero, o en particulares sectores, como la experiencia directa de los ciudadanos con las diversas estructuras que forman un sistema político. Y es esta combinación de elementos tradicionales y de novedad la que alimenta la dinámica, general-

mente bastante lenta, de las culturas políticas. Estas tienden a auto-perpetuarse, o a modificarse gradualmente y sin saltos, salvo que tengan lugar rupturas dramáticas como cambios de régimen, guerras, transformaciones profundas en el orden internacional. Incluso en estos casos, no obstante, la readaptación de la cultura a los cambios estructurales no resulta automática, y es generalmente menos rápida de lo que se pueda pensar. Es necesario recordar, en primer lugar, que una cultura política no es una identidad unitaria y homogénea, sino una combinación de «partes» que pueden modificarse también a distinta velocidad. El hecho de que en algunos sectores sociales se manifiesten cambios vistosos no debe llevar a engaño: la visibilidad social de un grupo no coincide casi nunca con su valor numérico. Las modificaciones de actualidad que interesan a las vanguardias, y que son objeto con frecuencia de atención por parte de los observadores, no son necesariamente buenos indicadores de cuanto está sucediendo en el nivel de las grandes masas. Casi siempre la evolución que interesa a los primeros se manifiesta con notable retraso entre las segundas. No ha de olvidarse, después, que entre los elementos que caracterizan una cultura política no sólo hay conocimientos, juicios y evaluaciones de tipo racional que reflejan de manera más o menos objetiva la mudanza de la realidad. Las culturas están también fuertemente transidas de sentimientos con raíces profundas, sentimientos que se prolongan en el tiempo y que se agotan poco a poco con el paso de las generaciones. En fin, al examinar los cambios de una cultura política es importante no confundir la dinámica de fondo con aquellos fenómenos de turbulencia superficial que son una característica común de todos los sistemas políticos abiertos. En éstos, nuevos problemas aparecen continuamente en escena, las crisis se suceden, los acontecimientos se apremian dando la impresión de que todo esté cambiando rápidamente. Pero con frecuencia se trata de tormentas superficiales, que inciden sólo marginalmente sobre la dinámica de fenómenos que se disipan a niveles más profundos. También, y no es siempre fácil, es necesario no confundir la moda pasajera con aquellas modificaciones del hábito político que son incisivas y duraderas.

Todo esto sugiere que, al razonar en torno a las características de la cultura política de masas de un país, resulta útil partir no de la observación de aquello que existe en un momento dado, sino más bien de los cambios producidos en un largo período de tiempo.

III. LA EVOLUCION DE LA CULTURA POLÍTICA ITALIANA

¿Qué es lo que más impresionaría a un hipotético visitante que volviese, tras una treintena de años ausente, a revisar la política italiana a nivel de

masas? Es un interrogante al que se pueden dar respuestas diversas según la perspectiva en la que nos coloquemos. Pero sobre algunas características fundamentales —ya de continuidad, ya de cambio—, observadores diversos no tendrían más remedio que concordar.

No cabe duda de que nuestro imaginario observador notaría, en primer lugar, las súbitas transformaciones en este lapso de tiempo de las dos principales subculturas políticas —la «socialista» y la «católica»—. Diversas en sus contenidos específicos, las dos entidades presentaban algunas características comunes: un conjunto de creencias y de valores bien estructurados (y contrapuestos el uno al otro), una estructura organizativa compleja, articulada y «envolvente»; un circuito de comunicación cerrado en compartimentos estancos. Hace una decena de años se podía prever razonablemente un futuro difícil para la subcultura católica, con obvias repercusiones para el partido que en aquel tejido cultural encontraba una parte importante de su apoyo, esto es, la DC. En estos últimos años, la crisis más seria ha tenido como protagonista a la otra subcultura, aquella que por otros cuarenta años había nutrido al otro gran partido de masas, el PCI. Después de la disolución de este grupo, los apoyos provenientes de aquella tradición se han fragmentado y se dirigen en más de una dirección. La dificultad, de naturaleza obviamente diversa, en la cual se debaten estos dos importantes componentes de la cultura política italiana merece ser brevemente discutida.

1. *La sub-cultura católica: erosión arrastrada*

El proceso de secularización —testimoniado también por la disminución a partir de los años cincuenta de las tasas de práctica religiosa (más estabilizadas en la segunda parte de los años ochenta)— ha reducido gradualmente lo que en un tiempo era un enorme depósito de votos para el partido que evoca los valores del cristianismo. Una parte del fenómeno es reconducible al cambio fisiológico del cuerpo social, sobrevenido en el curso de decenios, que ha llevado a la gradual inmisión en el electorado de generaciones crecientemente más secularizadas que las precedentes. Además, los resultados de algunas investigaciones sugieren que se ha verificado también un parcial distanciamiento entre las dimensiones religiosa y política: los sentimientos de religiosidad no se traducen ya automáticamente, como antes sucedía, en determinados comportamientos políticos. Es verdad que los católicos practicantes nunca habían votado todos en bloque al mismo partido; pero en el pasado, el núcleo de «desviados» constituía un fenómeno marginal, y el mismo hecho de que ello atrajese la atención constituía prueba de su excepcionalidad. En fin, en tiempos recientes, el apoyo de la Iglesia a la DC se ha hecho más

tibio y menos explícito, y los mensajes de la jerarquía no tienen la eficacia anterior. En resumen: el vínculo entre las dos dimensiones no puede ya ser dado por descontado. Naturalmente, no faltan las señas de vitalidad de algunos movimientos católicos, como «Comunión y Liberación», signos que se pueden quizá interpretar como indicadores de una contratendencia concreta. En esta misma clave pueden ser leídas las positivas acogidas obtenidas recientemente por los mensajes pontificios con la llamada a la necesidad de una recuperación de la visión cristiana del mundo. Todo esto indica que el núcleo central de la subcultura católica está aún ciertamente vivo. Y, sin embargo, la presencia de un «núcleo duro» en el interior de esta tradición no significa que se haya detenido aquel proceso de menuda desintegración de sus segmentos más externos que ha caracterizado las tendencias de los últimos decenios. En este momento nada autoriza a pensar que la subcultura católica pueda volver a adquirir a corto o medio plazo aquel *status* de tradición dominante, o en algunas zonas del país hegemónica sin más, que tenía anteriormente.

2. *La sub-cultura «socialista»: incoherencia y desintegración*

El problema del mundo católico es, pues, el de una erosión de los sectores externos, si bien el núcleo central tiene todavía buena salud. Aunque sería, ésta es una condición menos grave que aquella en la que se debate la subcultura antagonista. En este segundo caso, en efecto, los procesos de modernización durante largo tiempo y los recientes cambios en los países del Este europeo (y en la escena internacional) han acabado por poner en crisis el mismo núcleo central de la tradición. Uno a uno, todos los pilares sobre los cuales ésta se había erigido en varios decenios han cedido, causando la caída de muchas ilusiones y el abandono y olvido de «mitos» en un tiempo fundamentales: el protagonismo de la clase obrera en el proceso de liberación del hombre; el papel de vanguardia de los partidos comunistas y la exaltación de sus líderes; el rechazo del mercado como mecanismo para la distribución de recursos y el relieve dado a la planificación; la condena de la propiedad privada de los medios de producción, y otros más. Ciertamente, en el contexto italiano muchas de las ideas guía presentes en los orígenes habían sido apartadas, si no del todo abandonadas, desde hacía ya tiempo. Pero una cosa es dejar que las viejas ideas abandonen la escena discretamente y otra tenerse que enfrentar con el problema de una renuncia explícita a las mismas. La crisis del «socialismo real» ha constituido un trauma para lo que resta de la subcultura socialista, sobre todo porque ha golpeado en el corazón del núcleo normativo (o de ideales) de aquella tradición. En último extremo, la crisis está en el hecho de que, descartado o desacreditado el viejo modelo, éste no ha sido reempla-

zados por nuevos «mitos» igualmente fuertes y persuasivos. Permanecen las actitudes críticas sobre el orden social; hay un deseo difuso de una sociedad diversa y mejor, pero no hay recetas; en cualquier caso no recetas originales, sobre la dirección a seguir. La cuestión es que falta el consenso sobre aquellos elementos utópicos que dan fuerza y coherencia a una subcultura política y de la que en última instancia constituyen la identidad. De ello trae origen el fenómeno de la fragmentación del gran río que se divide en los riachuelos formados por neo-comunistas, post-comunistas, reformistas, etc.

Es difícil, hoy, prever cuáles serán las influencias de voto. Sería totalmente prematuro, sin embargo, esperar un colapso imprevisto de la que ha sido una componente central de la vida política italiana en los últimos cuarenta y cinco años. Las tradiciones políticas tienen una fuerte capacidad de supervivencia; pueden debilitarse, pueden erosionarse, pueden mudar gradualmente con la alternancia de las generaciones, pero no desaparecen por encanto. No hay buenas razones para pensar que la dinámica de la tradición socialista constituya una excepción.

3. *La fractura política: lo viejo y lo nuevo*

Todas las sociedades tienen «fracturas» de diverso tipo: religiosas, de clase, étnicas, lingüísticas, o relativas a las relaciones entre el centro y la periferia, pero no todas las fracturas sociales se convierten en base de divisiones políticas. Algunas asumen prioridad, mientras otras carecen de gran relevancia política, son casi olvidadas. Las primeras son aquellas a las que dan voz los diversos grupos políticos que se prestan a representarlas y que obtienen de ellas resultados positivos. Para que una fractura social acabe en división política es necesario, pues, dos condiciones: que se trate de un surco con raíces sólidas en la realidad, y no de una moda pasajera, y que haya un esfuerzo por activarla por parte de los grupos de elite que sobre esta fractura intentan construir la base de su acuerdo.

En la fase inicial del desarrollo de las poliarquías occidentales, y en particular en las europeas, la dimensión religiosa, la de clase y la atinente a la relación entre centro y periferia, han sido las fracturas en torno a las cuales se han ido estructurando inicialmente los sistemas de partidos en muchos países. Pero con el paso de la sociedad industrial a la post-industrial, por toda una serie de razones se ha verificado un atenuamiento de las fracturas políticas tradicionales: la dimensión de clase y la religiosa, en un tiempo dominante, ya no son discriminaciones fuertes como en el pasado y, en todo caso, ya no son los únicos puntos de referencia, o de coagulación, del consenso.

La debilidad de las viejas divisiones tiene consecuencias importantes para las estrategias de los partidos y para la dinámica del sistema de partidos. Una de éstas es que el fenómeno deja más espacio al surgimiento sobre la arena política de otras líneas de división. Algunas son totalmente nuevas y brotan de la formación de constelaciones de intereses y valores que han ido emergiendo en el tiempo, mientras otras son *clivages* viejos o antiguos sin más, que permanecieron en estado latente porque comprimieron y aplastaron las fracturas en un tiempo dominantes. En el caso italiano, si no se tiene en cuenta la debilidad de las viejas líneas de división resulta difícil comprender el surgimiento de movimientos ecologistas en los primeros años ochenta y, más recientemente, el éxito en el norte del país de grupos políticos de carácter regional. Mientras la base del apoyo de los primeros ha sido encontrada en la defensa y tutela de los nuevos valores (ambiente, salud, relación hombre-naturaleza), las ligas han encontrado fértil terreno para su crecimiento, más que en la insatisfacción o desafección de algunos sectores sociales, en el comportamiento de los partidos tradicionales, incluso en el redescubrimiento de viejas fracturas. Tales son, en efecto, los prejuicios latentes, pero nunca muertos, las identidades territoriales desteñidas (y que se intenta hacer reverdecen), las alusiones a la diversidad y superioridad de la propia cultura respecto a las otras, y el énfasis puesto sobre el valor de la autonomía local en las relaciones entre el centro y la periferia.

Es demasiado pronto para decir si estas nuevas fracturas se consolidarán y terminarán por sustituir las en otro tiempo principales. Si esto sucediese, nos encontraríamos frente a un fenómeno nuevo. Las divisiones tradicionales —clase y religión— tenían, de hecho, carácter unificador desde el punto de vista del territorio. La de clase implicaba en sus orígenes una solidaridad de base entre obreros del norte, aparceros del centro y braceros del sur. Análogamente, los principios y valores del catolicismo, y convergentemente los del laicismo, no conocían barreras geográficas. Es el debilitamiento de estas fracturas de carácter nacional lo que deja espacio al surgir y al radicarse (como posibilidad, no como certeza) de nuevas divisiones sobre el territorio.

4. *La depolarización*

Una *polis* fuertemente polarizada es aquella en la que existe una acentuada tensión causada por grandes contrastes entre los principales grupos políticos, contrastes que afectan a cuestiones de fondo como la naturaleza del régimen, el papel del Estado, los valores en los que debería inspirarse la vida social y económica de un país. Se trata, en sustancia, de una situación en la cual existe una notabilísima distancia ideológica entre los principales actores,

distancia que se refleja, hunde raíces y se consolida también entre las masas de ciudadanos. El discurso político en la *polis* fuertemente polarizada está, naturalmente, impregnado de tonos fuertes; el encuentro verbal es continuo y áspero; no existe diálogo entre los ciudadanos, sino sólo contraposición frontal; la mediación y el compromiso son raros y no brotan de la voluntad de conciliar puntos de vista diversos, sino del miedo a que un conflicto abierto se resuelva con la destrucción del propio grupo. En este clima, la competición entre los grupos políticos para obtener el apoyo de los ciudadanos viene interpretada, tanto a nivel de elites como a nivel de masas, no como una contraposición de posiciones entre competidores leales, sino como una lucha sin cuartel entre «enemigos» que atañe a cuestiones de vida o muerte. La atmósfera de la *polis* polarizada está impregnada de sospechas y miedo: quien está en la oposición ve en la autoridad del gobierno un potencial opresor con pocos escrúpulos en el uso del aparato del Estado en su propio favor. Quien está en el Gobierno aprovecha todos los instrumentos a su disposición para mantenerse el mayor tiempo posible, temiendo que una vez depuesto no volverá a ser posible tomar el timón. En fin, unos y otros encuentran apoyo y protección fuera de los confines nacionales, en los sistemas políticos de potencias imperiales (o hegemónicas), con el consiguiente alineamiento del eje central de la política interna al de la política exterior. No es necesario decir que una sociedad caracterizada por fuertes pasiones políticas de este tipo vive permanentemente al borde de una guerra civil y, en determinadas circunstancias, puede bastar una chispa para encenderla.

La sociedad polarizada aquí descrita brevemente es, obviamente, un retrato exagerado, una caricatura o un tipo extremo. Pero constituye un útil punto de referencia para apreciar un aspecto de los cambios en la atmósfera política italiana que han tenido lugar en los últimos decenios. A los lectores más jóvenes, crecidos políticamente en épocas más recientes, podrá resultarles difícil imaginar una Italia de algún modo similar al retrato trazado antes. Sin embargo, la realidad en la primera parte de la posguerra no era muy diversa. Y nuestro hipotético observador, que la había dejado así, no podría dejar de apreciar los cambios habidos en este tiempo. Las distancias ideológicas se han reducido notablemente, si no se han eliminado del todo; la intensidad de los recíprocos sentimientos de hostilidad ha disminuido, con la excepción quizá de los segmentos más comprometidos en la política; no tiene demasiado sentido hablar de campos contrapuestos y alineados con bloques internacionales que se están desmenuzando. Disipadas las ocasiones de grandes encuentros frontales, han permanecido las polémicas, las discusiones y los debates, es decir, los fenómenos normales de turbulencia política que caracterizan todas las poliarquías. Ciertamente, a veces afloran todavía asperezas y duras con-

traposiciones, pero éstas no constituyen la regla: la polarización no es una característica básica de la política italiana.

5. *Imágenes de los partidos y de la política*

Contrariamente a cuanto sucedía en otros períodos de la historia republicana, en los inicios de los años noventa los partidos no gozan de buena imagen. Críticas y reproches llueven de todas las partes todos los días. Quienes pagan las consecuencias son, sobre todo, la clase política y los mismos partidos. A éstos se les acusa de ser entrometidos y litigiosos, de estar distanciados de la sociedad civil y reclusos en el «palacio», de realizar selecciones basándose sólo en la lógica del poder, de esconderse detrás de un lenguaje incomprensible, de favorecer y aprovecharse de formas de corrupción y de otras cosas más. La crítica a los partidos, y sobre todo a un cierto modo de hacer política, constituye la explicación dada a la desafección de los ciudadanos respecto al sistema político. Al mismo tiempo es en esta crítica en la que encuentran su justificación las demandas de reforma del sistema político. Aquí, en fin, están las raíces del descontento que nutrirían los varios movimientos de protesta.

Estas acusaciones, a menudo repetidas en la cultura política «visible», aquella, para entendernos, comunicada por los *mass media*, pudieran hacer pensar que el marcado y progresivo deterioro de la imagen de los partidos y el distanciamiento de la ciudadanía respecto al mundo de la política, fueran fenómenos de los últimos años.

Hay, no obstante, otras indicaciones relativas a la cultura política «menos visible» (la de las grandes masas) que siembran algunas dudas sobre la corrección de estas conclusiones. De la comparación de los resultados de sondeos demoscópicos llevados a cabo durante decenas de años resulta que los sentimientos de distanciamiento, de indiferencia y las imágenes negativas de la política no son en modo alguno una novedad de los últimos tiempos. En los inicios de los años sesenta la cultura política italiana venía descrita por atentos observadores extranjeros en términos de alienación, cinismo, desconfianza, pasividad, ignorancia, desinterés. Los estudios de los años setenta y ochenta han modificado sólo en parte este cuadro. Resulta que, respecto a la primera posguerra, están en disminución aquellos, todavía mayoritarios, comportamientos de extrañeza, indiferencia y pasividad que hace un tiempo prevalecían. Al mismo tiempo, parecen aumentar actitudes más fuertes, y negativas, de crítica, intolerancia y a veces de enojo respecto de la política y de sus protagonistas: partidos, líderes, instituciones. De una investigación realizada en los inicios de los años noventa resulta que las reacciones más frecuentemente

suscitadas por la política son todavía sentimientos de «indiferencia», «aburrimiento» y «desconfianza», expresiones citadas por una mitad de los electores entrevistados. Las reacciones negativas más fuertes («enojo», «disgusto») constituían un cuarto del total, como también las referencias positivas («empeño», «interés», «pasión»). Que un ciudadano de cada cuatro esté en posiciones decididamente críticas respecto a la política y a sus protagonistas tradicionales constituye en verdad una señal reconfortante. Pero los datos relativos a la cultura política «invisible» proporcionan un cuadro bastamente diverso del pintado cotidianamente por muchos comentaristas.

Blanco preferido de los comportamientos críticos extendidos en estos últimos años son, como se podrá imaginar, los partidos políticos. Pero también respecto a los partidos las orientaciones de las masas no representan una gran novedad. Comportamientos de apoyo y de crítica y desconfianza han existido siempre; a lo más, han cambiado las proporciones. Mientras los indicadores de estados de ánimo críticos y negativos van en aumento, los que denotan acuerdo, aun sin denunciar un auténtico fracaso, hacen pensar que se está produciendo un proceso de deterioro de la imagen de los partidos. Quizá éstos no están del todo desacreditados, como consideran muchos observadores, pero es verdad que su imagen se está últimamente empañando. En los inicios de los años noventa, colectivos importantes de la población sondeada manifestaban la opinión de que «los partidos sólo sirven para dividir a la gente» o que «los partidos no sirven para nada».

Otro aspecto de la cuestión está en el hecho de que en un tiempo los partidos constituyeran las principales, si no las únicas, estructuras de participación y los más eficaces vehículos de representación de intereses y de valores. Desde hace al menos un decenio el monopolio de estas funciones por parte de los partidos ya no existe. El desarrollo de movimientos de varios géneros centrados en problemas particulares y el crecimiento de comités locales en defensa de los intereses más diversos parece estar basado en el «descubrimiento» realizado por algunos sectores de la ciudadanía de que para obtener resultados entienden necesario organizarse fuera de los viejos canales institucionales. La 'inhabilidad' de los partidos para desarrollar eficazmente algunas de sus funciones viene siendo considerada por algunos observadores otro de los síntomas de su crisis. Y, sin embargo, es necesario poner el acento también sobre los aspectos positivos del fenómeno. La capacidad y la voluntad de los ciudadanos de asumir responsabilidades en primera persona recurriendo a nuevos (y legales) instrumentos colectivos ha de ser subrayada positivamente. Después de todo, durante decenios se había sostenido que la sociedad italiana era demasiado débil y excesivamente dependiente de un Estado demasiado fuerte. Desde este punto de vista, el desarrollo de un mayor grado de auto-

mía por parte de los diversos subsistemas representa un cambio, es un paso adelante, que no debe ser infravalorado.

6. *Derecha e izquierda: ¿una dimensión superada?*

El lenguaje y la lógica del discurso público en los primeros decenios de la posguerra estaban fuertemente impregnados de una visión espacial de los fenómenos políticos. Los partidos, las corrientes, las coaliciones, las líneas políticas, las reformas, las aperturas (y las clausuras), venían comúnmente descritas en términos de centro, derecha o izquierda. En esta óptica, los actores principales se «movían» bien aquí bien allá, a veces «saltando». Cuando las categorías principales de la clasificación no bastaban para describir la gradación, pronto se acuñaban otras: centro-derecha y centro-izquierda, nueva izquierda y nueva derecha, derecha e izquierda extraparlamentarias, izquierda sumergida, y así sucesivamente.

No se trataba de una terminología reservada sólo a los adeptos a los trabajos. Como muchas investigaciones han demostrado, también las grandes masas de ciudadanos en gran medida se reconocían en este lenguaje: percibían los partidos distribuidos en el espacio y se colocaban a sí mismos en ese mismo espacio. La imagen de la política de los sectores más marginales del gran público, con frecuencia desenfocada, burda, desinformada, estaba casi siempre organizada por los polos del *continuum*, que funcionaban, por tanto, como base de referencia, como los puntos cardinales permiten organizar y referirse al espacio físico. El sentirse de centro, de izquierda o de derecha era siempre sistemáticamente asociado a posiciones ideológicas, valoraciones de los líderes, impedimentos en referencia a esta o aquella fuerza política, comportamientos de aprobación o de repulsa de los diversos tipos de régimen, etcétera. Durante una buena parte de la posguerra, pues, el espacio izquierda-derecha era la dimensión principal a lo largo de la cual se consolidaban las orientaciones políticas y terminaba, así, por ser también el eje fundamental de la competición y el elemento clave de estructuración del «mercado electoral».

En los últimos años se ha afirmado repetidamente que los términos derecha-izquierda han tenido su tiempo y constituyen instrumentos menos útiles para interpretar la política en Italia. Según estos críticos (observadores, pero también políticos), continuar razonando en estos términos equivaldría a llevar anteojeras, inútiles en el mejor de los casos y casi siempre propiciadoras de la equivocación. Para sostener estas tesis se adoptan diversos argumentos. Han surgido grupos políticos que resulta difícil colocar en el arco tradicional. Se ha producido una caída (o cuando menos una disolución) de las ideologías

por la vía de la eliminación de los bloques antes existentes. Van en aumento en el nivel de las elites los fenómenos de «transversalidad», con un correspondiente aumento en el nivel de las masas de fenómenos de fluidez electoral que ya no respetan los viejos confines. Se han debilitado los tradicionales mecanismos de socialización que favorecían la reproducción de orientaciones en los diversos compartimentos estancos. En sustancia, las transformaciones socioculturales y políticas de los últimos decenios han dejado totalmente obsoleta una representación «espacial» de la política, reduciéndola al rango de un residuo fastidioso y molesto.

Es una tesis plausible y que refleja transformaciones reales del sistema italiano; se trata de cambios que sería un error ignorar. Al mismo tiempo, la pretensión de declarar agotado el papel de la conceptualización espacial de la política es prematura. Ante todo porque la terminología tradicional está hasta el momento bien representada en el discurso político corriente: cuando se ha debido elegir un nombre para designar el partido nuevo que debía nacer de las cenizas del PCI, ha vencido, tras un largo debate sobre varias propuestas, el volver a llamar a la izquierda. Aún más: las alineaciones y las divisiones internas en la CD se modifican con el paso del tiempo, pero para identificar los tornasolados órdenes que de ello se derivan todavía no se ha encontrado nada mejor que el recurso al «gran centro» o a la «izquierda democristiana». En el liderazgo del PSI a veces se reprocha (desde la izquierda, naturalmente) un excesivo corrimiento del partido a posiciones de centro. En el Parlamento se sientan diputados y senadores independientes, pero la referencia sería incompleta, y equívoca, si la etiqueta no precisase que se trata de independientes de izquierda.

En el ámbito de las inclinaciones de las masas las investigaciones de estos últimos años señalaban algunas novedades, pero no rupturas importantes. La disponibilidad de los ciudadanos italianos a «pensarse» en términos de izquierda, de centro y de derecha no ha experimentado variaciones significativas. Permanecen, en los datos relativos a las orientaciones de la masa, las conexiones entre la propia colocación en el espacio político y los juicios sobre diversos líderes, los impedimentos de las diversas fuerzas políticas, las posiciones adoptadas relativas a los problemas ahora existentes. Sin embargo, también es preciso añadir que los análisis de estos datos, confrontados con datos homogéneos recogidos hace algunos decenios, induce a considerar que el alineamiento entre posiciones en el espacio político e inclinaciones políticas se ha ido debilitando con el paso del tiempo. Pero debilitamiento no quiere decir desaparición. Ser, sentirse o estar etiquetados de izquierda, centro o derecha no es algo totalmente irrelevante, como parece entender una parte de los observadores. La conceptualización espacial de la política ha demostrado

tener una capacidad sorprendente de supervivencia adaptándose a las circunstancias más diversas y teniendo éxito al absorber transformaciones políticas de considerable alcance. Basta pensar en su aplicación en el contexto de los países ex comunistas. El hecho de que nos sigamos preguntando si los «lombardos» son de centro o de derecha debería hacer reflexionar sobre la presunta obsolescencia del espectro tradicional en la cultura política italiana.

IV. CULTURA POLITICA, MERCADO ELECTORAL, SISTEMA DE PARTIDOS

Las orientaciones políticas de las grandes masas inciden de manera diversa sobre el funcionamiento de un sistema político. Naturalmente, la influencia más directa es la que atañe al grado de apoyo dado a los diversos grupos políticos, apoyo que termina por influir de manera decisiva sobre la configuración del sistema de partidos. Es oportuno, pues, preguntarse cuáles sean los reflejos sobre el mercado electoral de los fenómenos de cambio (mezclados con elementos de continuidad) que han interesado la cultura política italiana recientemente.

Una primera consecuencia atañe a las tasas de participación electoral. Aquí hay buenas razones para considerar que la alta afluencia a las urnas que ha caracterizado buena parte de la posguerra está destinada a disminuir, alineando el sistema italiano con las tasas que habitualmente se dan en otras democracias. En parte, el fenómeno se ha manifestado ya en algunas recientes consultas. A ello contribuyen factores estructurales (envejecimiento de la población) o bien la más difusa percepción de que la situación es menos dramática que la del pasado y que el veredicto electoral es, pues, menos importante. Durante decenios, generaciones de ciudadanos italianos habían hecho propia la idea de que el acto del voto era un deber cívico más que un derecho del cual se puede también no hacer uso. Algunas recientes investigaciones han demostrado que esta tradicional concepción del voto como «acto debido» permanece en la población, pero en menor medida de lo que sucedía hace algunos decenios.

En segundo lugar, es probable que el debilitamiento de las identificaciones de partido y los fenómenos de erosión-desintegración de las dos principales subculturas políticas lleven a un ulterior aumento de la cuota de electorado efectivamente «en el mercado», es decir, potencialmente móvil, libre de lazos de permanencia y dispuesto a la experimentación y a la comparación, a la investigación en cada caso de la «oferta» justa. Y esto, naturalmente, significa que en las consultas de los próximos años los factores estructurales y de largo

alcance temporal terminarán por contar menos, mientras aumentará la importancia de los coyunturales que desplieguen sus efectos en el arco de tiempo, relativamente breve, de una campaña electoral. Podría constituir un paso adelante que permitirá a la ciudadanía participar en la discusión sobre diversos problemas y madurar las propias opciones electorales dependiendo de la razón. Pero no se ha dicho que ello signifique para los electores una mayor posibilidad de selección ocular entre alternativas programáticas realistas, que es lo que se desea. Todo hace pensar, y la experiencia de otras democracias posindustriales lo confirma, que las campañas electorales serán manejadas cada vez más con los instrumentos de la «videopolítica». Ha de esperarse un aumento de la competición en términos de «imágenes», pero no necesariamente en términos de «sustancia».

A redefinir las características del mercado electoral italiano contribuirá además, de manera poco vistosa pero a tener en cuenta en no mucho tiempo, el fenómeno del recambio fisiológico del cuerpo electoral y la entrada en la arena política de nuevos ciudadanos de las generaciones más jóvenes. No hay que olvidar que en 1992 serán llamados a las urnas los jóvenes nacidos en el año del referéndum sobre el divorcio (1974), que eran niños en la época del secuestro y asesinato de Moro (1978), preadolescentes en la desaparición de Berlinguer (1984), apenas quinceañeros en el momento del cambio (noviembre de 1989) que ha llevado al nacimiento del PDS. Esta generación, como aquellas que en poco la preceden, ha crecido políticamente en una fase de la vida política del país en la cual las pertenencias y los lazos estables con los partidos estaban ya declinando. Sobre electores de esta edad no cae el peso de las memorias históricas y de los bloques de un tiempo, memorias y bloques que, en cambio, condicionan aún profundamente las orientaciones y los comportamientos de los electores más ancianos, testigos de otras muy diversas fases de la vida política nacional.

Si el diagnóstico que surge de estas observaciones es correcto, los declives electorales de los próximos años serán para todos los partidos una aventura mucho más peligrosa que en el pasado. Pero sería inútil buscar la respuesta a la cuestión sobre la configuración futura del sistema de partidos en Italia sólo conforme a consideraciones atinentes a la cultura política de masas. Las inclinaciones de los electores son, en efecto, sólo una de las componentes que constituyen el mercado electoral. Es igualmente importante al menos el otro componente, el de «la oferta», esto es, el conjunto de las alternativas que los grupos políticos, tradicionales o emergentes, expongan a la atención de la ciudadanía. Es razonable entender que los «paquetes» de la oferta serán en el futuro sensiblemente diversos a los del pasado y que los «productores» (grupos políticos) se presentarán a escena con vestimentas y en formaciones

diversas de las empleadas hace tiempo. La caída del comunismo ha hecho inservible el arma del anticomunismo y ha puesto las premisas para una posible recomposición de las fuerzas sobre la vertiente de la izquierda política.

No hay que olvidar, en fin, que la relación entre la demanda y la oferta política está fuertemente condicionada por las «reglas del juego» y, en particular, por el sistema electoral. Este define y estructura el contexto de la competición, condicionando la selección de las masas y procurando incentivos y elementos disuasorios a las elites que van a afrontar nuevos retos y, a la vez, a gozar de nuevas oportunidades. La actuación de algunas de las reformas institucionales de las que se ha hablado mucho en los últimos años, y de modo particular la adopción de un sistema electoral no rígidamente proporcional, tendría ciertamente consecuencias relevantes para la configuración del sistema italiano de partidos. La cultura política de masas condiciona, pero no determina, la dinámica de una *polis*.